

—Señor, he visto al emperador Alejandro y he pasado oculto veinticuatro horas en su habitación.

—Vah! y bien....

—El emperador de Rusia no es enemigo de V. M., (se le advirtió un gesto de duda) no señor, en él solo la causa imperial encontrará apoyo.

—Al hecho, qué es lo que quiere? Qué desea?

—Señor, V. M. está llamado á grandes sacrificios, para asegurar á su hijo la corona de Francia.

—Es decir, replicó Napoleon con terrible acento, que no se quiere tratar conmigo, que se me quiere arrojar del trono que he conquistado con la punta de mi espada, y que se quiere hacer de mí un objeto de burla y de piedad.

Se paseó algunos instantes bastante violento, despues deteniéndose delante del duque y cruzando los brazos le dijo.

—Y sois vos, vos, Caulaincourt, el que habeis sido encargado de semejante mision cerca de mí? ¡Ah! Y arrojándose á su asiento se cubrió la cara con ambas manos. El duque se hallaba consternado y guardó silencio. Napoleon se volvió hácia á aquel:

—No teneis valor de continuar? Veamos, señor, que es lo que vuestro Alejandro os ha suplicado pedirme.

—Señor, dijo el duque, desanimado y lleno de desesperacion, V. M. no tiene piedad, ese golpe que os afecta, ha destrozado mi corazón ántes que el vuestro.

—No tengo razon, Caulaincourt, soy injusto, mi amigo, le interrumpió con aire de dolor. Continué llevando la mano á su frente: tantas desgracias me hieren sin intermision...; Yo dudar de vos, Caulaincourt! De todos los que me rodean, vos sois solo, ¿lo entendéis? el solo en quien tengo confianza.... Únicamente en medio de mis pobres soldados y en sus ojos entristecidos es en donde encuentro escrito: *fidelidad, decision*. Venturoso, creia conocer á los hombres, desgraciado, es cuando comenzo á conocerlos... y quedó con la vista fijada en el suelo, entregado á sus reflexiones.

Como el duque estaba bien fatigado y estenuado de sueño, le pidió permiso de retirarse, para despues instruirle mas detenidamente de todo, y hacerle las reflexiones que las circunstancias exigian. Cuando volvió el duque, advirtió en el semblante de Napoleon, retratada la ansiedad: le impuso fielmente de cuanto habia pasado, y de la intencion que habia de llamar á los Borbones. La relacion de cuanto

pasaba exaltó su cólera, y espresó despues de otras cosas lo siguiente.

—Los Borbones son antipáticos á las nueve décimas partes de la nacion. Y el ejército que ha batido á sus emigrados, ¿qué harán con él? Mis soldados no lo serán jamas de ellos. ¿Olvidarán que han vivido veinte años á espensas de los estrangeros, fuera de la patria, en guerra abierta con los principios é intereses de la Francia? Los Borbones en Francia es el colmo de la demencia, es querer atraer al país todo género de calamidades.... El duque no le omitió todas las maquinaciones que tendian á ese objeto. Siguió el emperador hablando de las diferentes posiciones que guardaria la nacion, de los inconvenientes que se presentaban, y de la diversidad de circunstancias, por las que él ocupó el trono *vacante* de Francia, á las en que los Borbones querian volverlo á ocupar, pues que las dignidades actuales todas las habian rechazado, y existian entre ellas quienes arrastraron al cadalso á Luis XVI.

Despues continuó con alguna tranquilidad. —Entremos en la cuestion. Se exige mi abdicacion: á este precio, que se deposite la regeñcia en la emperatriz, y la corona en mi hijo. Yo tengo todavia cincuenta mil hombres á mis inmediatas órdenes. Mis valientes, mis admirables tropas me reconocen aún. Mis soldados llenos de ardor y de decision, me piden con grandes gritos que los conduzca á Paris: el estruendo de mi artilleria despertará á los parisienses, electrizará su amor propio nacional, insultado con la presencia del estranero que está formando grandes paradas en nuestras plazas públicas: el pueblo de Paris es valiente: él me secundará; y despues la victoria. Agregó animándose todavia. „Haré á la nacion, juez, entre las pretensiones de los aliados y mi persona, y no descenderé del trono si no es que los franceses me arrojen de él. Venid conmigo, Caulaincourt, es medio día y voy á pasar revista.”

El tiempo que vuela le faltaba! Visitó la línea de avanzadas: á cada instante el ejército se aumentaba con los cuerpos esparcidos que llegaban. Los soldados al ver á Napoleon con exaltacion esclamaban: *Paris, Paris*. Los oficiales blandian sus espadas, y rodeando al emperador repitían: —„Señor, conducidnos á Paris.” —Sí, hijos míos, volarémos á Paris: mañana comenzará el movimiento, vivas y aclamaciones se elevaban en los aires.

Al bajar en el patio del castillo le dijo á Caulaincourt. —Qué tal?

—Señor, le respondió, es vuestro último al-

bur, V. M. solo debe decidir.

—Vos me aprobais: esto es claro, y pasó con la frente elevada por los salones llenos de personajes cubiertos de bordados y condecoraciones. Allí se discutia sobre los negocios. Los jóvenes generales querian la guerra hasta arrebatár á los estrangeros la capital: los que ya tenian hecha su fortuna temian y murmuraban. Cuando se supo la noticia de que se exigia la abdicacion, las murmuraciones de esos hombres pasaron á la exasperacion, y de ahí á las amenazas. Señalóse un amigo antiguo de Napoleon, y otros, como él, cometieron bajezas é infamias; decian: „Su abdicacion conviene á todos.... Los corazones generosos y leales se inflamaban de indignacion al oír aquellas espresiones.

Las órdenes se habian dado el 3 de abril para pasar el cuartel general el 4 entre Ponthierry y Essonne. Los dignatarios del imperio ninguna medida tomaron. Napoleon lo toleraba: bajó á pasar la revista, y todos los que sabian los sucesos estaban llenos de ansiedad. Despues de la parada es conducido á su habitación por los mariscales y oficiales generales que allí se hallaban: comenzaron por insinuaciones respetuosas, despues representaciones, inconvenientes hasta llegar á las reacriminaciones, y por último, protestar que no se marcharía á Paris....

Calcúlese lo que Napoleon sufriria en aquel momento: dirigió una mirada sombría á todos aquellos ilustres señores á quienes habia hecho grandes en su mayor parte, sacándolos de las filas de los regimientos, y se separó de ellos. Su figura estaba espantosamente alterada; pero su fisonomia era tranquila y su continente lleno siempre de dignidad. Tomó un papel y escribió en él con su mano y lo presentó al duque de Vicencio.

—Veed mi abdicacion, Caulaincourt, llevadla á Paris.

Caulaincourt tomó el papel, abrumado de dolor, las lágrimas inundaban sus ojos. Bravo, bravo, mi amigo.... los ingratos, agregó con terrible espresion, me sentirán algun dia, y se arrojó en los brazos del duque.—Partid, Caulaincourt, partid al momento.

El duque le pidió que para ese acto tan solemne y tan grave, se le uniesen dos grandes oficiales del imperio.

Napoleon dijo: „Ragusa y Ney.”

—Señor, el duque de Ragusa no está aquí, el duque de Tarento representará dignamente al ejército.

Napoleon se decidió. Ney, Macdonald y

Caulaincourt llevaron poderes suficientes. Una sombría tristeza se retrató en el semblante de Napoleon, sus plenipotenciarios marcharon, llegando á Paris en la noche del 4.

Al ver Alejandro á Caulaincourt, le dijo:— Ah! volveis muy tarde....

—Señor, no ha dependido de mí.

—Esto es una grande desgracia.

—Las disposiciones de V. M. no han cambiado?

—Os habia dado mi palabra, pero yo no puedo sujetar los sucesos á mi voluntad: caminan con tal precipitacion, que lo que era posible ayer, hoy no lo es.

—Pero Sr. yo traigo la abdicacion del emperador Napoleon, á favor del rey de Roma: los mariscales Ney y Macdonald me acompañan como plenipotenciarios.

Alejandro contestó al duque que debería haber regresado con prontitud: que las circunstancias habian cambiado para Napoleon, porque si ántes se le temia por su habilidad y audacia, ahora todo lo contrario: agregó que el senado y todos los demas cuerpos del estado, se habian apresurado por los manejos del gobierno provisional á llevar adelante la caida de Napoleon; y que la mayor parte de los mariscales y generales participaban de los mismos sentimientos. El duque oponia diversas consideraciones, y manifestaba la decision de las tropas: que eran muy pocas las deshonrosas excepciones entre los militares, especialmente cuando los soldados estaban irritados y ardientes por el combate. Alejandro replicó.

—Os alucináis todavia, en el momento en que hablamos, Fontainebleau está descubierto y Napoleon á nuestra discrecion.

—Qué decis Sr.? exclamó el duque, todavia nuevas traiciones?

—Las personas que quieren que triunfe una causa diversa de la vuestra, trabajan sin cesar para separar de Napoleon á los generales mas influentes, y como cada uno piensa en su fortuna y posicion, se han violentado en asegurar.... el campo de Essonne se ha levantado (1).—El duque quedó estupefacto con semejante noticia. El emperador Alejandro le

(1) El antiguo edecan de Napoleon cuando Lodi y Arcole, el mariscal Marmont, cubria con un ejército este punto importante para las operaciones del emperador sobre Paris y otras partes. El general Lucotte, comandante de la reserva de Marmont reusó asociarse á esta defeccion y anunció á sus tropas su resolucioñ, poniendo en la orden del dia estas gloriosas palabras: *Los valientes jamas desertan: ellos deben morir en su puesto.*

dió los pormenores de la defección de Marmont: este hombre desertaba... el general Souhuan lo secundó, y la vispera había pasado á pedir á Napoleon dos mil escudos!...

Caulaincourt suplicaba de nuevo á Alejandro, y le decía, que no perdía la esperanza de que el negocio se viese en el consejo: el emperador de Rusia espresaba que se había perdido el tiempo: *que tres dias en política son tres siglos*; concluía con hacer notar de nuevo, que los mariscales y generales abandonaban á Napoleon: que los cortesanos no descuidaban ni un momento para introducir el desaliento y lograr el éxito en sus planes.

—El emperador Napoleon, dijo Caulaincourt, traicionado cobardemente, abandonado y entregado al vencedor por los mismos que debieron formarle una muralla con sus cuerpos y espadas.... Esto es horrible, horrible....

Alejandro vió conmovido al duque y le dijo.

—Agregad que le debían todo, todo, ilustración, fortuna.... Qué lección para nosotros, reyes! Valor, Caulaincourt: yo estaré antes que vos en el consejo: allí nos veremos.

Al salir el duque de ver al emperador Alejandro, se encontró con varios de los hombres que se habían quitado la máscara contra Napoleon, y que ya lo insultaban; pero el duque ni un momento dejó de humillar y reprimir á esos ingratos. Fué en seguida á buscar á Macdonald y Ney, y les impuso de lo ocurrido con Alejandro. Pasaron, pues, al consejo, y allí vieron á esos franceses, que llenos de perversidad, maquinaban contra la Francia. El emperador de Rusia hablaba con el rey de Prusia. Un general frances recién llegado, había traído la noticia de la defección de Marmont. Allí estaban en un grupo Schwartzemberg, Nesselrode, Litchenstein y Pozzo di Borgo, que siendo corzo y estando al servicio de la Rusia discutía para que se tratase con rigor á Napoleon: al rededor de este grupo se agitaban los descarados realistas. La llegada de los plenipotenciarios hizo cesar las conversaciones particulares. El emperador de Rusia y el rey de Prusia se sentaron, junto á una mesa que estaba en medio del salon. Caulaincourt entregó á Alejandro á nombre de Napoleon su abdicación á favor del rey de Roma, y de María Luisa. El rey de Prusia habló primero, en un tono frio y dijo, que los sucesos ocurridos no permitían á las potencias tratar con el emperador Napoleon: que los votos de la Francia se manifestaban por sus antiguos soberanos: que los aliados no podían mezclarse en los negocios franceses, y menos contrariar el

decreto del senado, en no reconocer á Napoleon como emperador, y sin derecho para disponer de la corona,

Macdonald contestó con enérgica fidelidad á favor de Napoleon, y agregó que si se le disputaba el derecho de abdicar en su hijo, sucederían grandes desgracias: que el ejército estaba decidido por su jefe y dispuesto á derramar la última gota de su sangre para sostener los derechos de su soberano. Una sonrisa burlesca acogió esta declaración, y se anunciaba el duque de Ragusa, (Marmont) el que entró ufano, y con felicitaciones se le recibió: su presencia causó estupor en la mayoría de la asamblea; pero los intereses privados prevalecieron. Las circunstancias eran funestas, excesivamente degradantes. Todo se daba: se prostituía y se ofrecía la Francia al extranjero, y cuanto había se dejaba á su discreción, y hasta tal extremo, que llegó á decir un dia el emperador Alejandro, que si los aliados hubiesen querido establecer á Kutusof en el trono de Francia, se habría gritado *viva Kutusof!*

La llegada de Marmont al consejo, simplificó la discusión: no pudieron prevalecer las razones á favor de Napoleon, alegadas con una vehemencia y una lógica tronantes. Marmont tenía la triste celebridad de haber entregado la vanguardia en Essonne, de su general y amigo. Un ejército ruso estaba en su lugar, y avanzaba á Fontainebleau. En esto se dice á los defensores de Napoleon que no hay mas sino la abdicación absoluta: esta fué la declaración última que se les hizo. En vano insistió Ney con el mismo valor que desplegaba en los combates. Se dispuso, pues, el regreso de Caulaincourt á Fontainebleau. Napoleon estaba en una ventana que daba á un jardin. Caulaincourt entreabrió la puerta de la pieza y se anunció. Napoleon le dijo:—*Ya?* Y su mirada parecía querer arrancar la respuesta al duque. El emperador revelaba en su semblante, cuán grande era el desorden de sus pensamientos.

—La defección de Essonne ha servido de motivo para nuevas pretensiones? Otras condiciones? yo soy vendido, traicionado. Veamos que mas se exige de mí. Caulaincourt le hizo presente todo cuanto había ocurrido, menos la llegada de Marmont por no afligirlo mas. Napoleon quedó cogitabundo, y despues espresó que la guerra con sus azares era preferible á tan humillantes condiciones: sus miradas eran terribles, y fuego lanzaban sus ojos. Espresó sobre los medios de defensa que tenía todavía en su poder, y con cuanto mas contaba

para obtener el triunfo mas completo, agregaba que haría inscribir en sus banderas *independencia y patria*, y que sus águilas se harían temibles, y concluía.—*Si los gefes del ejército que me deben su ilustración y á mis soldados, si estos gefes quieren descansar, que se vayan: yo encontraré bajo los caponas de lana generales y mariscales.... ellos han olvidado con esos trajes guarnecidos de oro, su uniforme de paño ordinario, siendo así que en esto estaba su mas bello título de gloria!* Y cuando esto decía, se paseaba con violencia, y le dijo á Caulaincourt que escribiese á Ney y Macdonald, que se vienesen: aquel le suplicó que reflexionara antes de adoptar un partido estremo. Contestó que había reflexionado: que ya tenía tomadas sus medidas: que renunciaba toda negociación; y que estaba resuelto á la guerra. Despues se retiró á descansar Caulaincourt. Cuando volvió, advirtió mas los conatos de defección y las murmuraciones en Fontainebleau, que se aumentaban con las noticias de la aproximación de las tropas extranjeras. Entró á ver al emperador y le impuso de todo, conjurándolo á que tomase un partido. Napoleon antes de resolverse quiso saber de los mariscales y generales si podía contar con ellos y entónces se decidía. Llegaron Berthier y otros mariscales, llenos de embarazo, y le dijeron que el enemigo avanzaba. *Lo sé*, les dijo Napoleon, en un tono seco: despues descendieron al fin que se proponían sobre asegurarse en su posición. El emperador respondió en un lenguaje lleno de dignidad, manifestando que estaba dispuesto á tratar de la paz; pero que las condiciones no serían humillantes, y que en un caso estremo, se retiraría con su ejército á Italia, de tan gloriosos recuerdos: hablaba así al corazon y al honor de sus tenientes; pero estos con lánguido silencio acogían aquellas disposiciones. Concluyó la conferencia de los mariscales que nada tuvieron que oponer á los vehementes discursos de su jefe, quien manifestó el deseo de quedar solo. Caulaincourt se retiraba y lo detuvo. Cuando el último había salido, le dijo al duque:

—Estos hombres no tienen ni corazon ni entrañas.... yo soy mas bien vencido por el egoismo y la ingratitud de mis compañeros de armas que por la fortuna. Esto es horroroso: todo está consumado.... partid, mi amigo...

Escenas terribles que destruyen toda la ilusión de los que obtienen el poder! En nuestra corta existencia política las hemos palpado, y sus recuerdos nos estremecen y llenan de

Tres ilustraciones de nuestra indepen-

TOM. I.

dencia, *las primeras* han sufrido sin piedad el rigor de la suerte, víctimas de la inconstancia de los hombres.... y la perfidia? la perfidia ha tenido la mayor parte!...

Mas volvamos al emperador de los franceses. Caulaincourt regresó á Paris con nuevas instrucciones. Aquí los aliados discutían precipitadamente sobre la suerte de Napoleon, y ya se le quería confinar á Santa Elena: merced al emperador Alejandro que apoyó á Caulaincourt, la isla de Elba fué el punto designado para la permanencia de Napoleon. Este le dirigió á aquel en veinticuatro horas siete correos, previniéndole que se volviese con la abdicación y que no quería tratado alguno: que la parte de este que hacia relación al numerario, le ofendía y degradaba. Llegó Caulaincourt y le instruyó no sin bastante pena de todo lo convenido: el debate fué prolongado entre el emperador y Caulaincourt. Entre tanto en el salon inmediato se agolpaban diferentes grupos de las personas que habiendo sabido los sucesos últimos de Paris, y renegaban por que Napoleon no firmaba, llegando su impudencia hasta escuchar lo que aquel hablaba con reserva. Caulaincourt lo dejó solo para que leyera con meditación el tratado, y habiendo regresado en la noche le suplicó con encarecimiento que se decidiese á tomar un pronto partido, porque las circunstancias iban alejando todo el que pudiera ser favorable.

—Mas en fin, qué queréis que haga? le dijo al duque, dirigiéndole una triste mirada.

Caulaincourt quedó silencioso. Napoleon se paseó un rato cruzadas las manos por detras, y despues como saliendo de un sueño fatal, dijo con voz tranquila.

—Es necesario terminar esto.... así lo juzgo, mi partido está tomado. Estas palabras las pronunció con espresion espantosa, y quedó un gran rato sin hablar palabra: en seguida despidió al duque para que fuese á descansar. —Mañana nos veremos, le dijo.

El duque conoció lo que Napoleon intentaba, y quedó lleno de funestos presentimientos. Alejandro Dumas ha poetizado con una de sus sublimes inspiraciones estos momentos, diciendo que la declaración de los aliados, que fijó sus irresoluciones, declarando que Napoleon era el único obstáculo á la paz general no le dejaban mas que dos recursos:

*Salir de la vida como Anibal:
Descender del trono como Sylla.*

El veneno de Cabanis (1) fué contrariado po-

[1] Médico del emperador, que cuando la campaña

la vigilancia y oportuna asistencia de los servidores de Napoleon.

Este tuvo que ocurrir al segundo de aquellos recursos, deponiendo el poder como el romano.

Habia sufrido mucho por haber intentado el primero: su semblante estaba cubierto de una palidez livida: sus facciones habian sido terriblemente alteradas... su mirada hacia temblar... Se llamó á Caulaincourt, y luego que fué instruido, concibió la espantosa resolución de su amigo, de su emperador: ocurrió, pues, á hacer cuanto pudiera para arrancarlo de los brazos de la muerte: tomó una taza de té, combinado con un antídoto y se la presentó á Napoleon, quien la rechazó.

—Voy á morir, Caulaincourt, le dijo, yo os recomiendo á mi muger y á mi hijo.... defended mi memoria.... yo no puedo mas soportar la vida.

Caulaincourt casi frenético de dolor, insistia en que Napoleon tomase el té que repelia.

—Dejad.... dejad.... decia con voz balbuciente.

—Señor, le dijo el duque, exasperado, á nombre de vuestra gloria, á nombre de la Francia, renunciad á una muerte indigna de vos.

Despues de mil súplicas y enternecidos ruegos, bebió Napoleon varias tazas de té, que produjeron al fin que arrojase el infernal liquido. *Napoleon estaba salvado.* Se hallaba estenuado y en la tranquilidad que sucede á las grandes conmociones que se sufren, no solo en el cuerpo, sino en una alma ardiente, y que ejercia un dominio en los hombres y en las cosas como Napoleon. ¡Qué tierno y espresivo era el espectáculo que se presentaba en la alcoba del ilustre enfermo, á la pálida luz de las bugias! La agonía del grande hombre se habia anunciado! Un solemne silencio reinaba y solo era interrumpido por los prolongados y profundos suspiros que exhalaban los asistentes: no habria habido uno que no hubiese dado su vida por salvarla de aquel hombre, poco ha, lleno de vigor y de predominio, y que preferia la tumba al pacto de los aliados, que ponía la Francia á discrecion del estrangero, para vengar en ella veinticuatro años de gloria.

Vino, pues, la calma del alivio con el júbilo de los que habian quedado fieles con el corazón y con las simpatías de su alma.

—Dios no lo ha querido.... yo no he podido morir.

—Señor, vuestro hijo, la Francia ó vuestro

de Rusia, le dió en lo reservado un pomito que contenia esa mortífera sustancia.

nombre que vivirá eternamente, os imponen el deber de soportar la adversidad.

Napoleon continuó lamentándose por la suerte de su hijo, y el coloso de la Europa lloraba al ver á su hijo sin porvenir....

—Señor, le dijo Caulaincourt, no deberiais morir: es necesario que la Francia os lloré vivo.

—La Francia me ha abandonado.... y vos en mi lugar, Caulaincourt, habriais hecho lo mismo que yo: cuando todo me sonreia, ¿no he desafiado la suerte en los campos de batalla?

¡Ah! la defeccion de sus criaturas, la ingratitude de los que elevó, le disecaban el corazón y le hacian insoportable la existencia. El bardo ingles, el inspirado y ardiente lord Byron, unió sus lágrimas á las del héroe, para reprochar á la Francia y á sus hijos ese abandono, esa deslealtad en el día que su gloria comenzó á eclipsarse. El poeta invocó á la posteridad para denunciar la estupenda ingratitude de los franceses, y la posteridad francesa ha regado con su llanto los restos del emperador de sus padres!

Tierna y poética fué, aunque no de larga duracion por su estado de debilidad, la conversacion que tuvo Napoleon con su amigo Caulaincourt y que terminó con decir que firmaria.

A otro día, (11 de abril) mandó llamar á Caulaincourt, con quien conferenció acerca de las diversas disposiciones relativas al tratado. (1)

—Esas cláusulas, dijo, que hablan de dinero, me humillan: es necesario hacerlas desaparecer, yo no soy mas que un soldado y un Luis me basta por día. (2)

Caulaincourt se opuso á ese desprendimiento, porque entre otros males traeria el que no pudiese subsistir como soberano, y que su casa militar sufriese las mayores escaseces, que le ocasionarian grandes embarazos en su nueva situacion. Napoleon, despues de prolongados debates tuvo que ceder, no sin rubor y se resignó á firmar el tratado. Despues lo hizo con la abdicacion concebida en estos términos, llenos de noble orgullo y de dignidad que aumentaba en su desgracia.—,Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleon era el único obstáculo para el resta-

[1] Este no fué cumplido despues, con excepcion de los artículos que alejaban á Napoleon de la Francia y lo deportaban á la isla de Elba.

[2] Caulaincourt, tom. 2.º —A Hugo, tom. 5.º —Lallement, tom 20.

blecimiento de la paz en Europa; el emperador Napoleon fiel á su juramento, declara que renuncia para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia, y que no hay sacrificio personal, aun el de la misma vida, que no esté dispuesto á hacer por la felicidad de la Francia. Eran los últimos actos en ejercicio de su soberanía, que tocaba á un término. Cuando firmó, dijo á Caulaincourt.

—Y ahora, violentad la conclusion de todo... conducid el tratado á los soberanos aliados. Decidles, decidles en mi nombre, que yo trato con el enemigo vencedor, y no con ese gobierno provisional, en el que no veo mas que una junta de facciosos y traidores.

Entraron Macdonald y Ney; á estos y á Caulaincourt les dió sus órdenes, agregando que su abdicacion y tratado serian obligatorios si se cumplian las estipulaciones hechas á favor del ejército.

Para regresar los comisionados á Paris, tuvieron que presenciar los transportes de alegría de los que en Fontainebleau, olvidándose de su honor, no veian mas que su fortuna particular. En la capital las escenas vergonzosas fueron con mayor escándalo. No lo causó ménos la conducta del mariscal Augereau, hombre exajerado en sus ideas políticas cuando la república, así como cuando el imperio; en fin, el duque de Castiglione, que tanto lisongeaba á Napoleon en sus días de ventura, mancilló su nombre y honor, hasta el extremo de insultar á su emperador en una proclama, despues de no haber ejecutado las órdenes que habia recibido para defender á Leon y neutralizar á los aliados en el medio día de la Francia.

Luego que la abdicacion fué recibida y el tratado por los aliados ratificado, se aumentó mas el espíritu de deslealtad y comenzó á desarrollarse el de reaccion, reaccion sofocada por mas de veinticinco años. El orden social estaba desquiciado, y los ánimos entre la exaltacion y la bajeza.

Cuantos personajes quedaban en Fontainebleau, se separaron de Napoleon y corrieron á Paris, en donde se acogian á esos prófugos afablemente, sin mas excepcion entre tantos ministros y dignatarios, que la del duque de Bossano, el honorable Maret, que quedó en el puesto en que el honor le dictaba permanecer. Aquellos hombres, supuestos intérpretes de los soldados, iban á protestar que estos participaban de su sentimientos. El magnánimo general Leval, que por su heroísmo se le habia considerado como el verdadero intérprete del ejército, desmintió las apócrifas protestas de

los mariscales. El general Leval y otros que habian quedado fieles á sus viejas banderas, no fueron á mendigar favores á Paris. Al fin cedieron á las circunstancias y esto despues que su emperador los desprendió de sus juramentos.

Napoleon se hallaba en un estado violento, y escribió á Caulaincourt.

—Yo quiero partir.... ¡quién me hubiera dicho que el aire de la Francia habia de ser pesado y sofocante para mí! La ingratitude de los hombres mata mas eficazmente que el fierro y el veneno, ellos me han hecho la existencia pesada. Apresurad, violentad mi partida.

Fué decidido, pues, que las cuatro grandes potencias mandarian un comisionado para escoltar á Napoleon. Caulaincourt se regresó á Fontainebleau ántes que llegasen los comisionados: en el tránsito, el duque de Vicencio halló diferentes regimientos, que al verlo gritaban aún con entusiasmo, ¡viva el emperador! Parecia que se estaban preparando para una revista como en otra época. El soldado raso es el que ménos olvida el honor y la fidelidad en medio del infortunio.

El duque no pudo dejar de recibir una favorable impresion en estos rasgos de fidelidad: impresion que muy pronto se desvaneció al aspecto de los salones desiertos de Fontainebleau, pues el aliento de la adversidad habia hecho desaparecer á los mariscales con sus estados mayores. Aislado, con solo unos cuantos servidores habia quedado Napoleon en aquel palacio: el emperador poderoso, el hijo querido de la victoria, ante quien habian caido los imperios y cuyos soberanos inclinaban la rodilla, estaba ahora abandonado, olvidado, como si su vista sola, ó el pronunciar su nombre contagiase la existencia.

El caballero Caulaincourt aumentaba su fidelidad, cuanto mas la desmentian otros, que en los días de la prosperidad de Napoleon lo lisongeaban hasta humillarse. El emperador estaba en el jardín: cuando vió al duque le dijo:

—Todo está pronto para mi partida?

—Si señor, le respondió el duque, procurando calmar la emocion del emperador.

—Muy bien.... Mi pobre Caulaincourt, creéis que Berthier ha partido? y ha partido sin decirme adios....

El duque procuró consolar á Napoleon sobre esta y otras ingrattitudes.

—Berthier ha nacido cortesano, lo vereis mendigar un empleo de los Borbones." Y hablando de la conducta vergonzosa que aun

delante de él habían tenido los grandes oficiales del imperio.—Yo soy humillado, dijo, que hombres! Cuanto los elevé á los ojos de la Europa, ellos se han abatido. Qué han hecho de esa aureola de gloria al través de la cual aparecían en el extranjero? Qué pensarán hoy los soberanos de todas esas hechuras de mi imperio?... Caulaincourt, esta Francia era mía, y lo que la deshonra es para mí como una afrenta personal.... Me había identificado con ella.... Entremos.... estoy fatigado. Habiéis visto á los comisarios?

—No señor, al descender del coche vine luego hácia V. M.

—Id á verlos.... violentad, violentad mi partida.... esto se prolonga mucho....

Cuando salían del jardín el emperador y el duque de Vicencio, un coracero de la guardia vestido de gran uniforme y que esperaba hablar á Napoleon, corrió hácia él, quien le dijo:

--Qué queréis?

--Mi emperador, yo os pido justicia, le respondió en ademán suplicante.

--Qué se te ha hecho?

--Se comete conmigo un acto de execrable injusticia: en treinta y seis años de edad, cuento veintidos de servicio y estoy condecorado. Cuando esto decía, se tocaba su pecho. Después continuó: con todo, no se me ha puesto en la lista de partida.... si se comete esta sinrazón, me abriré con mi espada un lugar entre los privilegiados.

--Tienes deseos de venir conmigo?

--No es deseo, mi emperador, es un derecho, es mi honor el que reclamo, y....

--Lo has reflexionado bien? le replicó Napoleon con bondad: es necesario que abandones la Francia y tu familia y que renuncies á tus ascensos.

--Yo los abandono, dijo con voz brusca; yo tengo mi cruz y esto me basta.... y en cuanto á lo demás, todo lo olvido; con respecto á mi familia hace 22 años que vos la sois: vos mi general. Yo era trompeta en Egipto, os acordáis?

--Vamos.... tú me acompañarás, hijo mío, esto lo arreglaré.

--Gracias.... ¡ah! gracias, mi emperador; yo hubiera sido sin esto muy desgraciado.

El pobre coracero se separó alegre y orgulloso.

--El sistema de compensaciones, Caulaincourt y yo no puedo llevar mas que 400 hombres, y mi guardia entera desea seguirme.... En ella se agota el ingenio por encontrar en la antigüedad de los servicios, en el número de

sus escudos, títulos para dividir conmigo el pan y la tierra del destierro. ¡Valientes, bravos soldados! qué no pueda llevarlos á todos!

Ni una visita, ni un recuerdo de alguno que viniese á cambiar esa monotonía de dolor que reinaba en Fontainebleau! De vez en cuando se escapan de la boca de Napoleon los nombres de Malé, Fontanes, Berthier, Ney, y.... nadie viene!....

Montholon, el fiel Montholon Hega del Alto-Loire, y espresa el entusiasmo de las poblaciones y de los soldados, y decía que todavía era tiempo.

--„Es bien tarde, responde Napoleon... ellos lo han querido....” y alguna que otra palabra era una acusación terrible.

El 19 de abril, los preparativos del viage fueron concluidos. Las mas crueles emociones aumentábanse por grados cuanto mas se acercaba la hora de partida. Napoleon sufría.... los que le habían quedado fieles tenían el alma despedazada: las lágrimas eran de sangre.

--Napoleon preguntó á Caulaincourt, está todo dispuesto?

El duque solo pudo hacer un signo afirmativo.

--Mañana al medio día montaré en un coche. Nadie podía articular palabra....

--Caulaincourt, yo tengo el corazón lacerado: nunca debíamos separarnos.

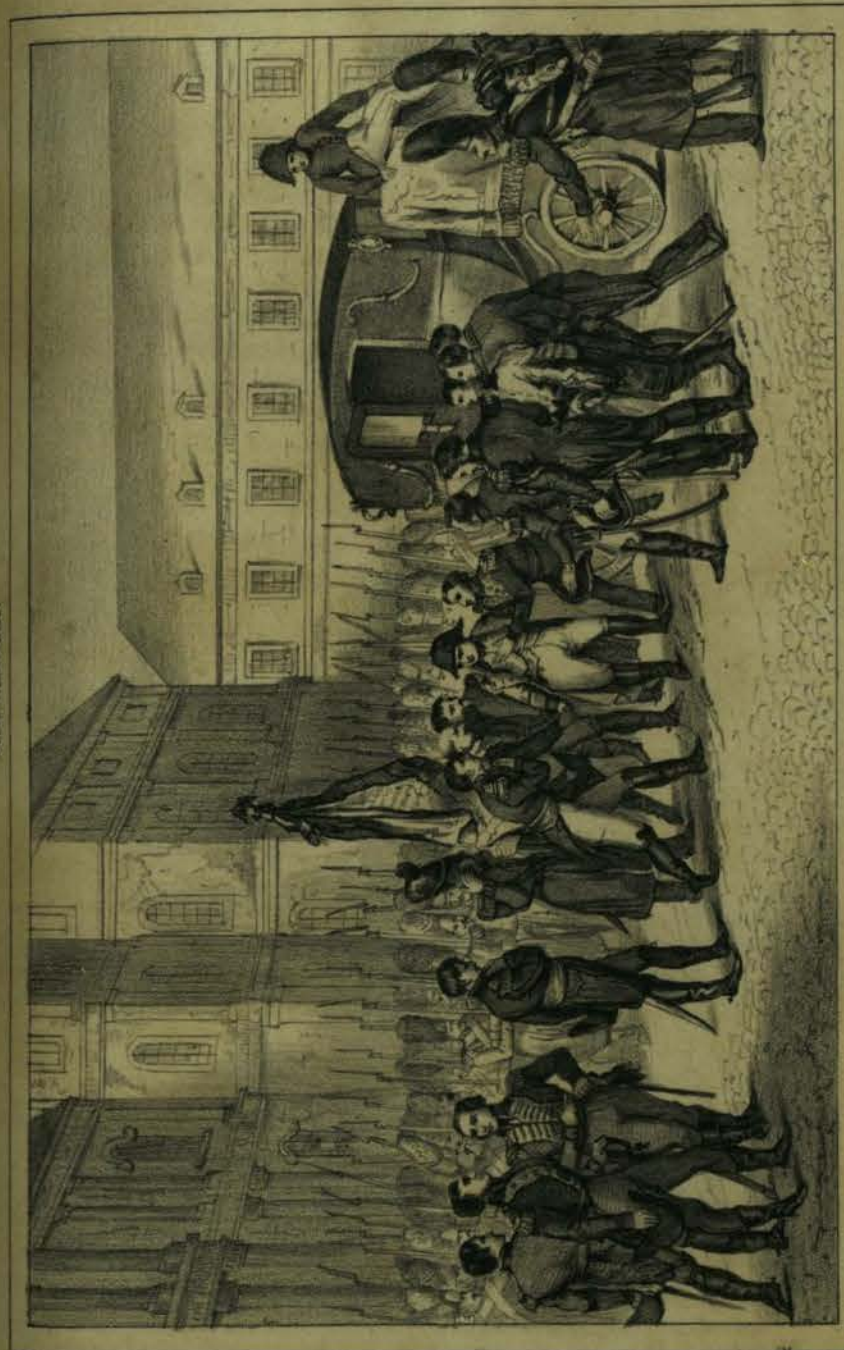
--Señor! exclamó el duque desesperado, yo partiré con vos: esos hombres me han hecho la Francia odiosa!

Napoleon le dijo que no, por varias razones y entre otras agregaba:

--Quién defenderá esos valientes y fieles polacos, cuyos derechos eran garantizados por sus honrosos servicios? pensadlo bien, esto sería una deshonra de mas para la Francia, para mí y para todos vosotros y si los intereses de la Polonia no son irrevocablemente asegurados.

Habló después de sus disposiciones para recompensar á su casa militar y civil y del sentimiento que destrozaba su corazón de no poderlo hacer como el quería; pero que al menos llevaba un recuerdo de cada uno en particular, por sus servicios...y por su constante adhesión.

--Dentro de algunos días estaré establecido en la soberanía de la Isla de Elba.... me violento por respirar allí.... aquí me sofoco.... Yo había meditado para la Francia grandes cosas... el concurso de todos me era necesario: se me ha rehusado. Este pueblo, el mas valiente y animado de la tierra no tiene constancia mas que para volar al combate; pero una derrota le



La despedida en Fontainebleau.

desmoraliza: diez y seis años de victorias á mi lado se han olvidado en un año de desastres," y suspiró profundamente.

Pasado un rato de meditacion, siguió hablando sobre la manera bárbara con que se le consideraba, y hollando en él las leyes naturales al separarlo de su muger é hijo: despues decia:

—La historia dirá: Napoleon soldado y vencedor fué generoso y clemente en la victoria; Napoleon vencido se le ha tratado con infamia por las viejas monarquías de Europa.

El duque de Vicencio procuró en esto y en lo demas derramar en su alma el bálsamo del consuelo: la amistad y fidelidad de Caulaincourt, infundian en su emperador la confianza. Este se paseaba con violencia, y sus espresiones aisladas eran la historia de la Francia y aun del mundo que veía con su mirada de águila en el porvenir... y continuaba.

—El recuerdo, decia á Caulaincourt, que llevo de vuestra conducta hácia mi, me reconcilia con la especie humana... vos sois el mas perfecto de los amigos; y le abrió los brazos al duque, el que se precipitó en ellos: ambos estuvieron por un rato mudos con la opresion del dolor.

—Es necesario separarnos, mi amigo, mañana aun tendré necesidad de todo mi valor para dejar á mis soldados.... Valiente y admirable guardia..., fiel y adherida en mi buena ó mala fortuna.... Mañana le diré mi último ¡adios! En fin, es el postrer sacrificio que me queda por hacer.

Despues con acento conmovido le dijo al duque:—Caulaincourt, nosotros nos veremos un día... mi amigo; y salió fuera de su gabinete.

Caulaincourt, frenético de pesar, se separó tomando el camino de Paris.

En este día, el 19 de abril, el emperador dictó sus órdenes para su partida: al siguiente su guardia y lo que le quedaba de oficiales superiores estaban dispuestos. Ya se habia hecho la honrosa y envidiable eleccion de los que lo habian de seguir á su destierro: los generales Bertrand, Drouot, Cambronne, el mayor y baron polaco Jermanowski, el caballero Malet, los capitanes de artillería Cornuel y Raoul, los de infantería, Loubars, Lamourette, Hureau y Cambi; en fin, los capitanes de lanceros polacos, Balinski y Schoultz y 400 granaderos y cazadores de la vieja guardia y lanceros polacos habian de acompañar á su emperador.

Rodeado por los ejércitos enemigos, no pudo ver antes de su partida á ninguno de la familia: todos los miembros de esta salian en diversas direcciones para el extranjero. La em-

peratriz María Luisa tiene que aparecer en la historia con la tacha que se le hace de su calculada posicion que ella misma buscó para no ver á su esposo. Napoleon quedaba en medio de su infortunio, y á la vista de la Francia, y la Europa sonreía....

En fin, el 20 de abril los coches de viaje estaban preparados. La guardia imperial estaba formada en uno de los grandes patios del castillo de Fontainebleau: á la una de la tarde salió de su gabinete Napoleon y á su tránsito halló el pequeño resto de la brillante y numerosa corte que un día lo rodeó. El duque de Bassano, el general Belliard y otros pocos generales y coroneles, habian sabido conservar íntegros su honor y fidelidad hasta lo último, ¿y los polacos? Los polacos eran representados en esta escena solemne por el general Kosakowski y el coronel Vousowitch. El emperador dirigió su mano á cada uno y se fué hácia su guardia. Con mil vivas lo acogió esta falange escogida, admirable resto de los héroes de la república y del imperio. A un signo de que quería hablar Napoleon, reinó un silencio lleno de ansiedad y de desconsuelo: en medio del cual y á la vista de los comisionados extranjeros, dirigió á su guardia aquellas últimas palabras elocuentes y sublimes que el dolor le dictaba y que el mundo entero ha acogido con admiracion, con entusiasmo, con ternura. Palabras que revelan á la vez las profundas emociones de amor y de dolor que inundaban el alma del héroe.—No lamenteis mi suerte, les decia al concluir, seré feliz siempre que sepa que vosotros lo seais. „Adios, hijos míos, yo quería estrecharos á todos en mi corazón: ya que no me es posible, abrazaré al ménos vuestra bandera (1).”

Al pronunciar estas palabras el general Petit, toma una águila y avanza. Napoleon fuera de sí abraza al general y besa la bandera: hizo un esfuerzo, y con voz firme dijo á sus soldados: „Adios en fin, mis viejos compañeros de armas.... Adios, mis valientes! Adios, hijos míos (2)!”

En seguida se dirigió apresuradamente á un coche en que lo esperaba el general Bertrand.

Partió.... En el corazón de los franceses quedaron tantos remordimientos, como trofeos y gloria habia conquistado para la Francia. El mundo estaba absorto, la Europa silenciosa, la victoria en duelo. ¿Sabeis la causa? *Hijo de la libertad la traicionó, y la libertad se vengó!*

México, marzo 15 de 1844.—D. REVILLA.

(1) A Hugo.

(2) Lallement.